

Alicia Londoño Blair, *El cuerpo limpio. Higiene corporal en Medellín, 1880-1950*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2008, 222 p.; ilustraciones.

La historia del cuerpo y de la higiene en Colombia ya no es un campo desconocido para los investigadores. Recientes publicaciones hacen nuevos aportes sobre la particularidad de los procesos de objetivación y normalización de los cuerpos por medio de la higiene. A partir de la antropología histórica, el libro de Alicia Londoño Blair aporta un fino estudio al campo de la historia de los imaginarios del cuerpo y de las nuevas prácticas corporales en el contexto de la modernización de Medellín, entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. A través de la historia del cuerpo es posible interrogar el pasado de la cultura desde sus componentes normativos para así comprender mejor el devenir de esas prácticas que se hacen costumbres y que, en sus procesos de “naturalización”, parecen evadir toda sujeción histórica.

Se puede afirmar que la investigación se inscribe en la propuesta de Marcel Mauss (1936)¹ de investigar las técnicas del cuerpo como un objeto obligado para conocer los sistemas de representaciones sociales de las diversas culturas. En ese sentido, estudiar el cuerpo como objeto cultural permite a la antropóloga interrogar las filiaciones de conjuntos de valores que, en Colombia, y especialmente en Antioquia, relacionan de modo directo el cuerpo con prácticas de limpieza. ¿Por qué la obsesión de nuestra cultura por mantener el cuerpo limpio? Y ¿por qué vías puede leerse la relación entre esa limpieza, cier-

¹ MAUSS, Marcel, “Techniques du corps”, *Journal de Psychologie* XXXII (3-4), Paris, 15 mars-15 avril de 1936.

ta apropiación de las prácticas de higiene, el disciplinamiento del cuerpo y las formas de ser individuo socialmente exitoso?

La autora estudia la confluencia de prácticas y discursos que inventaron la idea según la cual Medellín era una ciudad donde, a comienzos del siglo XX, el proyecto de civilización basado en la higiene estaba supuestamente a la vanguardia con respecto al resto del país. Por esa vía, describe las nuevas relaciones que se establecieron entre el cuerpo del individuo, la organización del espacio urbano y los hábitos ciudadanos.

En este sentido, una de las formas que la higiene ha adoptado en las sociedades occidentales, es decir, la higiene como una rama de las ciencias biomédicas, sirvió como instrumento de intervención del cuerpo de los individuos y de muchos espacios y flujos urbanos. La ciudad comenzó a convertirse en una especie de hábitat controlado, inscrito en la lógica de la producción y en la búsqueda del bienestar físico general. Así, la higiene no es solamente parte del saber médico, sino también una herramienta política en una serie de acontecimientos que puede llamarse la higienización de la sociedad, en la cual se inscriben al mismo tiempo procesos de subjetivación, modernización y medicalización. La autora hace evidente un proyecto de construcción de nuevos valores que debían transformar el *habitus* del ciudadano, de ahí que los discursos cívicos estuvieran estrechamente imbricados con los de la higiene. Ese

proyecto político y social buscaba evitar las enfermedades, mantener el cuerpo sano, impulsar el aumento de la población, hacer retroceder la mortalidad infantil y evitar las muertes prematuras. El cumplimiento de esos logros en la población era interpretado como uno de tantos signos de modernidad y de modernización. En términos estéticos y cívicos de modernidad, se volvió un imperativo de la escena citadina la limpieza corporal de inspiración burguesa. Y en términos materiales y biopolíticos de modernización, el imperativo higienista buscaba garantizar una población activa con capacidad productiva y de inserción en el mercado. Por otra parte, la salud de la población deja de ser un asunto individual y se convierte en un problema colectivo, cuya gestión corresponde al Estado y al saber médico. Este último actúa objetivando la población como un conjunto de elementos vivos a los que hay que intervenir con el fin de mejorar sus condiciones de vida.

Para desarrollar los capítulos, la autora organizó el texto en tres escenarios: la ciudad, los discursos y el cuerpo. En el primer capítulo, se discuten los presupuestos epistemológicos de lo que se ha llamado la *antropología de la vida privada*, la cual desde hace años sirve tanto a antropólogos como a historiadores para interrogar nuevos objetos de investigación, entre los cuales se encuentran la familia, la vida privada y el cuerpo.

En el segundo capítulo, se muestra la confluencia entre la preocupación por

la salud y los “hábitos civilizados”, potenciada por los discursos pasterianos, y la idea de una ciudad en la que el espacio debía reordenarse para alcanzar los objetivos del progreso y la civilidad. Londoño Blair muestra que esos ideales no dependían sólo de los discursos higienistas, se trataba ante todo de un núcleo de prácticas, normas y maneras de hacer que debían ser transmitidas a la población mediante todo tipo de estrategias pedagógicas y políticas. Desde finales del siglo XIX y, en especial, desde la segunda década del siglo XX, cuando la higiene nacional es reorganizada, el departamento de Antioquia contó con una capacidad económica para impulsar, aunque fuera modestamente, las actividades dirigidas a mejorar las condiciones de la salubridad pública. Para los higienistas, la ciudad desinfectada es aquella donde todos los elementos-ambiente pueden fluir. Los espacios cerrados como la escuela, la fábrica, los internados, la vivienda, se reestructuraron bajo esta premisa: iluminación y ventilación adecuadas, mínimos servicios sanitarios, espacios diferenciados según los usos y los géneros (baños, cocinas, dormitorios). En una palabra, se trataba de disponer de un interior y un exterior eficientemente marcados por la claridad y la limpieza, como funciones indicadoras de la vitalidad y sobre todo de la modernidad.

Respecto a la configuración del imaginario de Medellín como ciudad ordenada, limpia, de gentes pulcras, hospitalarias y trabajadoras, la autora señala un evidente contraste entre ese imagi-

nario de Medellín expuesto por algunos viajeros de finales del siglo XIX con la imagen de otros autores, sobre todo médicos, quienes entre 1910 y 1930, describieron un paisaje urbano donde las calles permanecen llenas de basuras e inmundicias, excusados escasos e infectos y difícil acceso al agua limpia para la mayoría. Estas diferentes representaciones del espacio urbano muestran la construcción de un imaginario, pues aunque la realidad falsee la idea de lo limpio, ésta circula como correlato de una ciudad volcada hacia la modernización y el progreso. A este respecto la autora señala:

[...] esta especie de contradicción fue sorteada mediante un imaginario de higiene expresado en el mito de la tacita de plata. Realidad o imaginario, operó como un dispositivo simbólico en la conformación de una ciudad y unos ciudadanos con características de orden y limpieza que hoy en día son propias de los medellinenses. Ésta se puede considerar una marca simbólica que actuó en la experiencia colectiva generando un elemento de identidad en términos territoriales, culturales y estéticos, (pp. 45-46).

De esta manera, las autoridades médicas y estatales se interesaron por gestionar la transformación del paisaje urbano y al mismo tiempo buscaron un cambio en la mentalidad de los ciudadanos, quienes no aceptaron sin resistencias los nuevos ideales y sus prácticas. En cuanto a este problema de la aceptación, dice la autora:

La consideración de que la resolución de los problemas de salud e higiene era función del Estado creó en la población una actitud apática, de desidia o de reclamo, frente a las situaciones de desaseo e insalubridad, de manera que los ciudadanos no asumían la solución de las dificultades desde su propia acción sino, al contrario, con una actitud bien de espera o de negación (p. 41).

En el tercer capítulo, Alicia Londoño se ocupa de los discursos que preconizaron la incorporación de nuevos hábitos de higiene que buscaban subordinar de modo continuo los deseos y las necesidades de los sujetos a las normas sociales. Instituciones como la familia y la escuela fueron intervenidas por el saber médico con el objeto de incorporar en ellas nuevos valores y prácticas respecto al medio ambiente, al cuerpo y a la salud. Los discursos médico-higienistas se difundieron a través de manuales de higiene que encontraron en los maestros y maestras mediadores idóneos entre la adopción de las nuevas prácticas y el niño, y, entre éste y la madre y el grupo familiar. La escuela pudo convertirse entonces en el escenario donde los médicos y los maestros aportaban los argumentos para que las prácticas higienistas se incorporaran como una necesidad de la población.

En el capítulo cuarto se muestra cómo actúan estos discursos en la ciudad, la casa y el cuerpo y cómo la incorporación del agua en las prácticas de limpieza y en la vida cotidiana se convirtió en el elemento fundamental

para la materialización de esos ideales. Símbolo de vida, pero también elemento fundamental para la limpieza corporal, la ciudad debía conservar y mejorar las fuentes y los circuitos del agua. Por otra parte, se estaba dando en ese periodo una transición decisiva: contar con agua corriente, un baño y un excusado en casa era prerrogativa de los más acomodados; y esa sociedad burguesa en plena industrialización propuso que se debía realizar la conversión de ese privilegio en bien común. Sólo durante la segunda década del siglo XX comienza a ser extendido el acueducto de hierro en la ciudad, que garantizaría la no contaminación por mezcla de aguas de consumo y aguas usadas. Paradójicamente, en un territorio rico en fuentes de agua, a comienzos del siglo XX se vivía el drama de la precariedad de la distribución a partir de fuentes puras y permanentes. Los problemas de la mala calidad del agua y de la cantidad de personas beneficiadas persistían.

Por otra parte, mientras se difundía la práctica del baño diario y el elogio del uso cotidiano del agua, diversos mitos sobre su peligrosidad circulaban en los imaginarios populares, como el de bañarse caluroso, el de tomar duchas muy frías o muy calientes, pues las representaciones vigentes del cuerpo lo mostraban como vulnerable y expuesto a los cambios extremos del medio y los elementos.

La publicidad de medicamentos y cosméticos es otra fuente bien explotada por la autora. Allí encuentra la forma en que este mercado intervino des-

de temprano en los imaginarios corporales, a través de la oferta de productos destinados a mejorar la apariencia, y a evitar o curar alguna enfermedad.

En el capítulo quinto se estudia brevemente la introducción de las prácticas e ideales del aseo en el hogar. Para los antioqueños, aún hoy, el aseo del hogar refleja las virtudes de sus ocupantes y representa valores positivos, que van más allá de las condiciones adecuadas de higiene. Se piensa en la limpieza del hogar como reflejo de la disciplina, el amor al trabajo, el orden y la moralidad. Por eso esas prácticas debían inculcarse desde la infancia. Se evidencia, por otra parte, cómo en el discurso de la limpieza del hogar se reproducen los valores donde los oficios de la vida doméstica pertenecen al género femenino. En el espacio casero la idea de la limpieza del hogar sirvió para reforzar los prejuicios en cuanto al papel de la mujer en la sociedad: a través de la limpieza se muestra a la mujer como guardiana del hogar, madre ejemplar y esposa obediente.

El cuerpo limpio se basa preferentemente en documentación proveniente de las tesis de medicina de las colecciones patrimoniales de la de Universidad de Antioquia, revistas de medicina e higiene, algunos archivos privados, prensa oficial y revistas de la época. Su autora usa una gran riqueza de fuentes que permiten acceder al mismo tiempo a las características locales del pensamiento higienista de la época, al cambio de sensibilidad de la sociedad y a la situación general de la población medellinense

durante ese periodo. Las fotografías e imágenes publicitarias ilustran de modo pertinente los problemas planteados en el texto, aunque su eficacia sería mayor si estuvieran intercalados en el libro y no al final como un anexo. Hay, sin embargo, algunos olvidos relativos a la bibliografía del tema de historia de la salud y la higiene en Medellín. Otros autores en libros, artículos y tesis de historia, también resultados de investigaciones, han contribuido a cambiar nuestra percepción de estos problemas y proporcionan datos que permiten contestar, por ejemplo, el argumento según el cual la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) y la administración municipal se encargaron de regular la higiene en Medellín (p. 32). Más precisamente fueron dos instituciones médicas y oficiales las que realizaron esa tarea: la Dirección Departamental de Higiene y la Comisión Sanitaria Municipal, ambas fundadas en 1914². Dirigidas por personal médico y dependientes del Esta-

² Ver en especial los trabajos del profesor Jorge Márquez Valderrama, *Ciudad, miasmas y microbios. La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2005; MÁRQUEZ, Jorge y Víctor GARCÍA (Dirs.), *Poder y saber en la historia de la salud en Colombia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2006; MÁRQUEZ, Jorge, Victoria ESTRADA y Álvaro CASAS (Eds.), *Higienizar, medicar, gobernar. Historia, medicina y sociedad en Colombia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004; RESTREPO, Libia, *La práctica médica en el Ferrocarril de Antioquia, 1875-1930*, Medellín, La Carreta, 2004, y *Médicos y comadronas o el arte de los partos: la obstetricia y la ginecología en Antioquia 1870-1930*, Medellín, La Carreta, 2007.

do, sus resoluciones eran perentorias y, por ende, más que cuerpos consultivos de la administración, eran los directos encargados de regular todo lo relacionado con la higiene y la salubridad: desde la adecuación de las escuelas, el manicomio y el cuartel, pasando por la calle, la realización de campañas de vacunación, conferencias de higiene, organización de servicios hospitalarios, policía sanitaria, etc. No es que la SMP no hubiera cumplido una labor importante en la difusión del ideal de la ciudad limpia y el cuerpo sano, pues incluso premiaba a aquellos funcionarios que se esforzaban por impulsar las labores de civismo e higiene, sino que su función era la de difusión, consejo y fomento más que de regulación, entendida como la normalización y puesta en práctica de dispositivos de control.

Después de leer este libro de escritura cuidadosa y amena, se sabe más sobre la historia de los valores imperantes en nuestra sociedad, y se vislumbran nuevos campos de investigación para historiadores y antropólogos. Se trata no sólo de una contribución en el campo de la antropología y la historia de la vida cotidiana, sino además de un aporte a la historia de las ciudades colombianas de comienzos del siglo XX.

Víctor Manuel García García
Magíster en Historia
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín
Dirección de contacto:
victorgarcia2006@gmail.com